

## LECTURAS PARCIALES

Y aunque nosotros (nuestra conciencia, nuestros sentimientos, nuestra dura experiencia) vamos cambiando con los años, y también nuestra piel y nuestras arrugas van convirtiéndose en prueba y testimonio de ese tránsito, hay algo en nosotros, allá muy dentro, allá en regiones muy oscuras, aferrado con uñas y dientes a la infancia y al pasado, a la raza y a la tierra, a la tradición y a los sueños, que parece resistir a ese trágico proceso: la memoria, la misteriosa memoria de nosotros mismos, de lo que somos y de lo que fuimos (1).

Tenía apenas catorce años cuando hice mi primera lectura de *Sobre héroes y tumbas*. Me había pasado el libro Susana Bustamante, excelente compañera de estudios, con la que madrugábamos preparando exámenes, entre nuestros primeros cigarrillos y el «Actemin», fogosa y derrumbadora marca de anfetaminas. Con ella, además, había bailado el pericón de gala en la fiesta de despedida de la escuela primaria. En ese tiempo quedé fascinado con la novela, y —buscador de lo escabroso y anómalo en una ciudad quimérica de 20.000 habitantes— esperaba encontrar en la mujer que tenía más cerca (Susana) una especie de reflejo de Alejandra. Era la época en que, por fervoroso maniqueísmo, nos identificábamos con «los jóvenes viejos», que Rodolfo Kuhn había llevado al cine en 1961, año en que —curioso azar— Sabato publicaba la primera edición de *Sobre héroes y tumbas*.

Si en aquellos años hubiera hecho algún comentario de esa novela, habría rescatado un aspecto —¿exterior?— de los personajes: su carácter atormentado, lo escatológico y la náusea, rasgos que nos atraían como modo de vida, muy acordes con el existencialismo en boga. Frente a la convención, la disolución y el precipicio de los dramas personales. Eramos los jóvenes viejos —vaya precocidad— de una clase media provinciana, entregados a amorales ceremonias como el

---

(1) SABATO, Ernesto: *Sobre héroes y tumbas*. Barcelona. Seix Barral, 1981, p. 220. Citaré, de ahora en adelante, *SHT*, seguido de la página correspondiente.

teatro o cualquier goce impredecible, frente a la ñoñería y el qué dirán, que, paradójicamente, nos afirmaba más en nuestro deseo de diferenciarnos.

Las cloacas, las alcantarillas, la mierda (que después reencontré en un humorístico y breve comentario de Boris Vian sobre *Sartre y la mierda*, trasladando el ámbito de la náusea al vómito y lo excrementicio), el dolor—mejor cuanto más sanguinolento—, formaban parte de una suerte de reverso cristiano: el placer atormentado, el goce en el martirio. Cuando tomé mi primera comunión, tuve el descaro de masticar la hostia, empedernida en mi paladar. Al comentarlo con candorosa ingenuidad, me dijeron que era grave. Ahogado por el absurdo de tal creencia, ¿o tal vez castigándome por mi sacrilegio?, abandoné la iglesia y sus salones.

Después de casi veinte años, releo *Sobre héroes y tumbas*, y se me revela mejor el nexo de los personajes con una reflexión y buceo en la historia y la realidad política, en sentido amplio, de ese país: Argentina, al que llamo «República Argentina» —consejo recibido desde la más tierna infancia—, por su nombre completo, sólo cuando escribo cartas. A ver si algún funcionario de mala leche ve quién sabe qué intenciones subversivas en la supresión de la palabra que define la forma de gobierno de la nación, cuyo nombre es, por otra parte, un adjetivo cultísimo.

Aparte la mirada distante del quehacer crítico (¿distante?), en eso que percibía lejanamente de la novela de Sábato y que ahora se me revela de manera más nítida, intervienen los factores personales. Uno puede tener una lectura limitada de una obra, hacer inclusive una mala lectura, pero los distintos accesos a un texto terminan agolpándose y todos son verdades parciales de ese diálogo con el autor. Mejor aún: con la obra misma, convertida en el Otro con el que realizamos un trueque durante el solitario acto de la lectura.

El hombre se capta a sí mismo frente al otro, y el otro es tan cierto para él como él mismo. El descubrimiento de la intimidad de uno mismo es también, dialécticamente, el descubrimiento de la otra intimidad, del que se halla enfrente, convive con uno, sufre y habla con uno, trabaja con uno, comulga con uno a través del lenguaje, de los gestos, del odio y del amor, del arte o el sentimiento religioso (2).

Desde aquella primera lectura hasta ésta, más reciente, ha habido «catástrofes» y fugaces altos en la vida argentina; ha habido cadáveres

---

(2) SABATO, Ernesto: *La cultura en la encrucijada nacional*, 2.ª ed., Buenos Aires, Crisis, 1973, p. 62.

—heroicos y anónimos—, farsantes y fantoches con vocación heroica, emigraciones hacia dentro y hacia fuera del país. La figura de Lavalle, en todo caso, se mantiene como alegoría de una encrucijada. La novela de Sábato registra la autocrítica del general frente al fusilamiento de Dorrego, y sobre ella inserta la duda sobre la inconsistente rigidez del dilema entre unitarios y federales. La misma Alejandra, el personaje *próximo* de la historia narrada, el doble alegórico en el momento presente, viene de familia unitaria, pero ella es federal. No pretendo hacer una lectura política de la obra de Sábato; pretendo, eso sí, entrelazar mi discurso con el suyo; anotar mis coincidencias o mis distancias; «ensayar» un encuentro entre reflexiones y sentimientos sobre un país que veo en ruinas, pero no muerto. El *exterminio*, etimológicamente, ha variado de sentido en el tiempo: el latín clásico *exterminare* significaba «alejar, desterrar, echar». Fue a partir del latín medieval cuando se incorporó el matiz de «destrucción», que ha llegado hasta nuestros días, aplicado estrictamente así en el lenguaje militar.

La tendencia de los gobernantes argentinos ha sido exterminar en los varios sentidos de la palabra: matar, pero también arrancar de cuajo al *otro lado* del país, el Otro —en sentido genérico— en cuanto posible interlocutor. Ha sido una lucha contra el bárbaro (el extranjero, el «germen extraño» a un supuesto Estilo de vida), pero ni siquiera desde una real y rigurosa perspectiva sarmientina: la «defensa de la civilización», en todo caso, permaneció como mera frase vacía de sentido. Los métodos, ya sabemos: la «guerra sucia».

*Pero al menos en aquel tiempo sabían por lo que combatían: querían la libertad del continente, luchaban por la patria grande. Pero ahora... Ha corrido tanta sangre por los ríos de América, han visto tantos atardeceres desesperados, han oído tantos alaridos de combates entre hermanos (SHT, p. 535).*

No siempre es fácil delimitar el campo de la literatura y el de los hechos históricos, no sólo porque en un texto como *Sobre héroes y tumbas* ambos se influyen mutuamente, sino también porque exponen, cada uno a su modo, ese «turbio lugar» signado por la «fractura» y el «desgarramiento» (SHT, p. 273). En ese no tan extenso lapso de veinte años que van desde la primera edición hasta hoy, por otra parte, se han acumulado entusiasmos, pérdidas, dolores, ilusiones, apocalipsis, fugas, reconocimientos. Sobre todo en dos novelas como SHT y *Abaddón el exterminador*, el terreno de la ficción se enlazada con la reflexión que, muchas veces, repite y extiende la de los ensayos.

Esa tendencia forma parte de la necesidad de superar el caos, de lograr el orden y la claridad, aunque, «una vez allá, en el refugio de alta montaña, terminamos por añorar *la vida*, no obstante o por su suciedad y su desorden, y así volvemos del pensamiento puro a la vida y a la novela» (3). La novela, entonces, para Sábato, posibilitaría el encuentro con las fuerzas oscuras que hay en el hombre y, asimismo, en la sociedad que le toca vivir. Los subterráneos de la basura, el lado diabólico y no siempre manifiesto, son recorridos como vías paralelas a la vida cotidiana «normal», como reflejo del combate que, en principio, se produce en el interior del hombre. En algunos casos se expresa la coexistencia: así como conviven prostíbulos y familias honestas, Alejandra dice de Molinari que «es un hombre respetable, un Pilar de la Nación. En otras palabras: un perfecto cerdo, un notable hijo de puta» (*SHT*, p. 169).

Esa *guerra* entre impulsos opuestos, tópico que une la tradición cristiana con Dostoievski, por ejemplo, se revela también en el campo de la acción política y de las conductas sociales. «... en todo caso, había un solo túnel, oscuro y solitario: el mío» (4), es el epígrafe de *El túnel*. Aunque reconozcamos manifestaciones más explícitas del descenso a los infiernos, la novela es en sí misma—desde la perspectiva de Sábato—una *katábasis*, descenso que incluye las fantasmas del escritor; sus propias ensoñaciones y pesadillas; los otros que, actores del drama político o de diversas actividades, aparecen enmascarados o con su nombre propio (Borges o el arquitecto Clorindo Testa o Lavalle, en *SHT*; el mismo Sábato, en *Abaddón el exterminador*). Sólo en una ocasión, en uno de los fragmentos que reconstruyen la marcha de Lavalle y su tropa, se mezclan uno y otro tiempo, como expresa síntesis del vínculo entre Alejandra y la historia, rememorada en cursiva: «*Ejércitos del Inca, caravanas de cautivos, columnas de conquistadores españoles que ya traían su sangre (piensa el alférez Celedonio Olmos) y que cuatrocientos años más tarde vivirán secretamente en la sangre de Alejandra (piensa Martín)*» (*SHT*, p. 546) (5).

---

(3) SABATO, Ernesto: *Hombres y engranajes. Heterodoxia*. Madrid, Alianza, 1973, p. 178. Citaremos, de ahora en adelante, *HEH*.

(4) SABATO, Ernesto: *El túnel*, Barcelona, Seix Barral, 1980, p. 9.

(5) Las caravanas, las caminatas por calles de Buenos Aires, los horribles pasadizos que conducen al reino de los ciegos, siempre el viaje o el camino que representa la búsqueda: ¿dónde está o qué es el país?, son dos variantes de la misma inquietud. Patria o patria, se pregunta Martín, pero la madre es *madrecloaca*; en el parto comienza la primera enajenación: quien pare, rechaza un cuerpo que ya no puede contener. El país es la historia de enajenaciones sucesivas (p. 503), pero ¿hasta qué punto la enajenación no es el comienzo o el pie para un futuro reconocimiento? En Sábato, en su búsqueda del absoluto, hay un deseo de conciliación de contrarios. Mezclar lo respetable con lo indecente es el camino del cinismo, como hace Fernando. En cambio, Alejandra, caracterizando la dualidad de Molinari, lo revela. En «¿Y entonces qué?», de *Hombres y engranajes*, Sábato da una respuesta posible, reivindicando la esperanza a pesar de la finitud humana, después